CAPITULO III.

EN EL CUAL SE DAN MAS NOTICIAS DE D. PEPE GARCIA Y DE OTRAS VARIAS ATROCIDADES.

ESDE que se iniciaron las fiestas en Santa María del Rio, D. Pepe Garcia tenia un quehacer extraordinario: él dirijió la formacion de la plaza de toros, que consistia en un gran cuadrado formado con vigas; él distribuyó las localidades, él mandó por el ganado, ajustó la cuadrilla de toreros, é hizo todos los pagos, como recaudador y tesorero de la junta instalada con objeto de celebrar la fiesta anual.

No había familia del pueblo que no conociera a D. Pe-

pe Garcia, y á él se ocurria en todas las dificultades y en todos los tropiezos.

Don Pepe no era casado, y lo que se podia llamar su familia lo representaba dividida en diputaciones en varias casas del pueblo.

Las Señoras H..... recibian de él una pension: el jóvencito L..... recibia un semanario y estaba estudiando en un colegio de San Luis Potosí: la tienda del Aguila Mexicana estaba intervenida por D. Pepe, representante de unos acreedores. A estas sérias y ostensibles intervenciones habia que agregar otras, que se comentaban bajando la voz; como por ejemplo: si el lujo de las N..... no tenia otra procedencia que los regalos de D. Pepe, y si el marido de la Chata tenia buenos caballos y otras cosas sin tener destino, y todo por la buena amistad que tenia con D. Pepe; 6 bien se murmuraba con la reserva y mesura de la murmuracion en confianza, de si el pueblo no se libraria, en toda la vida, de su juez letrado, que tantas lagrimas habia hecho derramar á muchas infelices, mientras D. Pepe estuviera en el pueblo, porque como eran compadres y llevaban tan buena armonía, no habia esperanza.

Decíase tambien, que el Ayuntamiento era obra exclusiva de D. Pepe, porque allí estaban Regino el huérfano y el hermano de la tiñosa, (que nadie sabia como podia gustarle á D. Pepe); y los dos Pedros, de quienes se sabian bien los antecedentes, el otro con causa pendiente, y dos sobrinos del mismo D. Pepe, los Garcias, complicados en el negocio aquel del juzgado 1º

En la junta de instruccion no se hacia mas que lo que D. Pepe queria que se hiciera; al grado de que habiéndose opuesto muchos vecinos en la cuestion de la enseñanza del Catecismo del padre Ripalda, ganó D. Pepe, y era muy natural, porque allí están su suegro y los dueños del terreno de las huertas, el marido de la Chata y dos compadres suyos.

—Si es el puente, decia un vecino, por mas que se diga, á D. Pepe se debe que no se haya seguido, por aquella cuestion con los huachichiles, pues aunque él diga lo contrario todos sabemos como estuvo el negocio.

—¿Y dónde me deja usted el negocio criminal del otro dia? decia un leguleyo. Figúrese usted un asesinato perpetrado con premeditacion, con ventaja y alevosía, estando centestes los testigos, estando la razon por parte del occiso, quedando una familia á un pan pedir, y ahí tienen ustedes al asesino paseándose.

-¿Cómo? el Pelon anda libre?

-Vaya, sobre que es el que está poniendo el teatro!

-Estará bajo de fianza.

-Yo no sé, pero ahí tienen ustedes al Pelon.

-¡Qué escándalo!

—Si le dige á usted, compadre, decia el leguleyo, que lo que vemos en los pueblos es para taparse los oidos; yo he querido ir á México y ver á esos señores ilustrados que escriben en los periódicos, para contarles lo que aquí pasa.

-No conseguiria usted nada; y si no, ya ve usted lo

que sucedió con aquella representacion tan justa, acerca del agua. Nos hicieron gastar el dinero, costó mas de doscientos pesos entre mozos que fueran á San Luis, y la impresion de los cuadernos y la representacion, los comunicados y todo lo demás; y cuál fué el resultado? que como se atacaban los intereses de don Pepe, y ya fallado el asunto, todo se ha vuelto á quedar en tal estado; y ahí lo tiene usted usando del agua con perjuicio de toda la poblacion.

—Y sobre todo, siendo rémera para una mejora que reclaman el adelanto del pueblo y los legítimos intereses de sus habitantes.

—En todo es así! exclamó el interlocutor del leguleyo, que era un personaje magro envuelto en grasientas ropas y arrebujado en un capote; ya lo ve usted, en cuanto á moralidad......

—¡Ah! no me diga usted, no me diga usted, si ¡la moralidad no la conoce D. Pepe ni por el forrol

- -Ya sabe usted lo de Gualupita?
- -Como lo de la hija de mi comadre Teresa.
- -Sí, hombre.
- -Pues que, ya?
- -Huml si ya eso es viejo.
- -Con que al fin
- -Lo sé, porque el novio ya se fué.
- -¡Pobre hombre! y qué......
- —Yo no sé, pero á doña Teresa le están pasando doce reales diarios desde ese dia.

—Jesus......! pues es el colmo de...... la..... de....... Jesus, hombre!

—Si le digo á usted que el tal D. Pepe..... y ahí lo tiene usted muy amigo del señor cura......

-Eso sí, si quiere usted un empeño para el señor cura, ahí está D. Pepe. El señor cura es capaz de dejarse caer del campanario, por D. Pepe Garcia. Nada menos que en lo de la funcion.......

-Si?

-Vaya. Pues cuándo queria el señor cura que viniera el vicario aquel.....

-El padre D. Librado?

-El mismo

-Y qué?

—Que D. Pepe metió la mano y é pesar de la enemistad que existe entre el señor cura y el padre D. Librado.. ahí los tiene usted juntos celebrando la misa de tres padres, como si tal cosa.

-El padre D. Librado es el de la epístola?

-El mismo.

—Con razon lo queria yo conocer, pero no podia yo figurarme que despues de lo que pasó, volviera el padre D. Librado á Santa María.

—Don Pepe...... en todo Don Pepe, y ya verá usted lo que está sucediendo en el teatro, lo que en los toros. Lo primero que ha hecho D. Pepe ha sido mandar poner las sillas de las H..... en primer término.

—Y las de ca Doña Teresa?

- -Tambien están juntas.
- -Con que la Gualupita va á estar junto á las H...?
- —Vaya! con que hasta Margarita..... ¿Se acuerda usted de la gata de las Gaxiolas?

Gata es el nombre con que distinguen á las criadas jóvenes.

- -Quien, aquella indita?
- —La misma, la de los ojos grandes. Pues ya está con la madre, ya no está sirviendo, y si la viera usted no la conocería. Llevaba unas enaguas de lana, de corte, de esas que tienen flores, y cenefas grandes, y un rebozo de pura seda de á 25 pesos, y zapatos aplomados.
 - -Mariquita?
 - -Mariquita.
 - -Pero hombre.....
 - -Don Pepe.
 - -Don Pepe?
- —No lo conoce usted; si es capaz de vestir una monja. Pues bien, la Mariquita, quien por supuesto ya es doña Mariquita, va esta noche á la comedia y ya la verá usted sentarse junto á Gualupita y las H..... y toda la plana mayor de D. Pepe.
- _ Y la madre?
- —La pobre está muy contenta; ya sabe usted que estas gentes dicen que vale mas buen acomodo que mal casamiento, y como hasta muebles tiene ya......
 - -Viven por la huerta?
 - -Sí, donde siempre.

—Con razon la otra noche como á las nueve, me pareció ver á D. Pepe á pié y solo por allí; iba con su plaid colorado y su sombrero bordado de plata.

- -Seguro que venia de allá.
- -Yo temo que el dia menos pesado se arme una.....
- —No lo crea usted, si D. Pepe los tiene dominados, y como es tan vivol porque eso sí, D. Pepe no tiene un pelo de tonto.

Todo esto no era mas que un soplo ligero del aura popular en que vivia D. Pepe García. Este es el cacicazge y estas son, con variantes mas 6 menos sustanciales, las costumbres de esos señores de pueblo que lo son todo; señores para quienes no hay leyes, ni costumbres, para quienes no hay sociedad, ni vínculos, para quienes se hicieron los pueblos, sus comodidades y sus habitantes.

Viven convirtiéndolo todo en provecho propio, aglomerando elementos de todo género para formarse el pedestal
de su grandeza, y al traves de las aspiraciones y la reforma social, á pesar del espíritu de progreso y de la sabiduría de nuestras instituciones liberales, el cacique vive en
los pueblos practicando un feudalismo jesuítico, y explotando la ignorancia de los que lo rodean; convirtiendo la
miseria de los demas en agente de sus aspiraciones, el patrimonio ageno en tributario de sus pingües rentas; todo
lo domina, todo la invade, todo lo explota; en cada aventura galante cria una raíz perniciosa de inmoralidad en
la que procura envolver á los que pudieran perjudicarlo,
emparenta con sus enemigos, y único y absoluto, no tole-

ra entidades que puedan ponerse frente á sus intereses y á sus miras. Si un hombre ilustrado é independiente se para frente al cacique y equiparando su poder moral, su instruccion y sus buenos deseos con las prendas de D. Pepe Garcia comienza á hacerse oir y á rodearse de prosélitos y de descontentos aislados; el cacique estudia un golpe, asesta una difamacion, sume al contrincante en un negocio oscuro, le tiende una red, lo envuelve, lo fastidia, lo acosa, lo perjudica, y lo mata ó lo saca del pueblo.

El cacique es el castor de las poblaciones; fabrica sus casas y se procria: cuenta numerosas víctimas en el bello sexo, porque las mugeres no son para él, en todo caso, mas que las castores hembras, productoras de castorcitos y consumidoras de las frutas del castor padre.

Si un cacique llega á ver algun dia reunidos á sus hijos, se deja besar la mano por el diputado que vuelve al pueblo en el receso de las sesiones, por el peon de la hacienda, por la criada de N. por la muger del magistrado, por el coronel guerrillero, por el héroe de una jornada y por el desgraciado que está en capilla como ladron de camino real cogido infraganti.

El cacique se reproduce en la milpa y en el foro, en la política y en el crímen; pero no forma familia, ni raza, ni hogar. Suele el cacique llegar á ser gobernador de Estado, suele ser diputado y revolucionario; pero por excepcion: generalmente el cacique, por grandes que sean sus aspiraciones, transije abiertamente con el atraso de su pueblo, con las preocupaciones de todos, con la incuria y con

la pobreza de su lugar; porque todas estas nulidades son su patrimonio: el atraso es su apoyo, la ignorancia su toldo, su superioridad es su garantía y su sosten, y se conforma con ser el número uno entre muchos ceros.

Don Pepe Garcia tenia entre todos sus asuntos uno que era el que mas le preocupaba, el mas reciente, é indudablemente, uno de los que mas le habian conmovido en su vida.

Pondremos al lector al tanto de los pormenores de este asunto, que tambien por nuestra parte consideramos mas ligado á la historia de nuestra heroina.

Ya hemos manifestado en otras ocasiones que no somos afectos á lo horripilante, y que abandonamos con gusto la tarea de relatar esas escenas de sangre y devastacion y á las que tan repetidas ocasiones han dado lugar nuestras revueltas intestinas; de manera que al tropezar con hechos de esta especie tomaremos de ellos solo la parte que se ligue con el hilo principal de la historia que referimos.

En un dia nefasto, de esos dias de muerte y de venganza, de crimen y de sangre, acababa de desaparecer para siempre una honrada y rica familia que vivia en una hacienda.

Una terrible banda de criminales acababa de perpetrar una negra venganza en la persona, familia é intereses de un honrado ciudadano, que algunas veces se habia defendido heroicamente de los bandidos, que habia promovido la persecucion de la gavilla, y que mas de una vez se habia batido personalmente con los asaltantes de su hermosa finca de campo-

Ya hacia tiempo que habian sido fusilados algunos de los de la banda aquella; pero la sangre de los tigres humanos no se orea como la de los tigres del desierto; y el gefe de la banda habia jurado un dia frente á los cadáveres de sus muchachos, como él llamaba á sus soldados, que habia de acabar á sus manos la raza de quien así se habia defendido de ser robado.

Fué así efectivamente; y un dia el fuego y la desolacion oyeron sus últimas blasfemias.

Por único botin se llevaba el bandido una jóven desmayada, hija mayor del dueño de la hacienda, que quedó con vida merced á su desmayo.

Ya iba la guerrilla por el monte despues de haber consumado el mas espantoso de los asaltos, y dos soldados encargados de custodiar á la jóven se habian atrasado del centro de la fuerza.

La jóven iba colocada sobre una mula y los dos bandidos caminaban, el uno tirando del ronzal y el otro picando.

—Todo para el coronel, pensaba el bandido que jalaba la mula..... cargar este engorro para él. ¡A ver como no se desbarranca la mula y se acaba de llevar el diablo á la pécoral

—¿Qué va hablando, patron? le dijo al bandido el que picaba.

-Que qué voy hablando?

-Si.

- -Pues ¿y á usté qué?
- -Adios!
- -A la Virgen.
- -Oiga, amo, vámonos parando?
- -Ehl ehl pues usté sí que deatiro.
- -Ande, amo, vamos & contestar usté y yo.
- -Y qué tengo yo que contestar con usté? ¡pues ora sí!
- -Pues creo que va mal la..... la charrita.
- -Y uste de qué tan cuidadoso?
- -Pos..... yo decia.
- -Ande, jale, que ya van lejos.

El que jalaba se paró, la mula hizo lo mismo y el que picaba dijo:

- —Adios!..... pues uste sí que...... Y se paró tambien. Y ahora qué?
 - -Oiga, amo, vámonos quedando?
 - -Y para qué es eso?
 - -Pues..... jalemos pa el otro monte con la señora.
 - -Bonita lucha! En ese caso uno no mas.
 - -Y quien?
 - -Pues si quiere váyase.
- -No, amo, si no soy tan penco.
- -Ah! pues ni yo.
- -Como dice que uno.....
- -Vaya! y los dos qué hacemos?
- -Pues yo no jalo, la verdad, vale; no que despues de isponerse uno, no quiere el coronel que se saque ni si-

quiera maiz, sino que ¡vamonos! y «llévate eso y cuidado,» y la verdad amigo no es uno tan deatiro que cargue como la mula, y yo como no tengo familia.......

—Y luego, agregó el otro baudido, si nos hubiéramos

traide á la otra? ¿y qué se hizo?

- ¿Pos no le metió el coronel la espada? adios; qué no la vido?

—Y tambien son sinrazones, pues diga usté amigo, pa qué es eso, si ya le pagó el papá con el pellejo, pa qué testerea á la muchacha.

-Pues eso es lo que yo digo, sale sobrando, lo mismo que lo de las viejas, pues pa qué las mata?

—Yo si ando en la revolucion es por necesidad, ese condenado juez que me tiene puesta la puntería y ni por ofrecerle......

-Cual, el de San Pedro?

—Sí, amigo, creerá que no ha querido soltar á Justo? y dice que me ha de cojer, ¿pero usté qué dice?

—Que no tan ainas, pues qué es uno tan manco? Y usté por qué no le ha llegado al juez ese?

—En eso anda mi hermano, lo anda espiando por si va á la Concepcion.

La jóven que venia en la mula presentaba el aspecto de un fardo, estaba toda envuelta en una gran frazada y atada al aparejo de la mula menos cuidadosamente de lo que requeria una carga humana.

Esta jóven habia escapado milagrosamente de la matanza; cayó desmayada en uno de los corredores de la casa al oir el último grito de su padre. El que la cenducia en la mula, buscando en aquel cadáver algunas alhajas, habia notado que la jóven no estaba herida, y no sabemos si por un resto de conmiseracion ó por un exceso de infamia, la envolvió en una frazada y la colocó en la mula. Al verla así el gefe, le habia dicho al conductor:

-Esta muger me pertenece. A ver uno.

Y se habia presentado el otro bandido que arreaba la mula.

-Cuidenme eso entre los dos y sigan con todos.

Aquella jóven había comenzado á volver en su conocimiento en el camino, con la sensacion dolorosa de sus ligaduras, y las primeras palabras que llegaron confusamente á sus oidos, fueron las del diálogo de los dos bandidos.

Al recobrar completamente la sensibilidad, no pudo menos que arrojar un grito.

—Ya lo vé, patron? dijo uno de los ladrones; viene mal la señora; la compondremos.

Apearonse los dos conductores y descubrieron a la jóven.

—¡Por Dios! dijo ésta, este lazo me corta las manos. ¿En dónde estoy? ¿En dónde está mi padre? ¿Quiénes son ustedes? ¡Socorro! ¡socorro!

-Oiga, niña, no grite, que puede venir gente.

Entre los dos bandidos colocaron á la jóven convenientemente.